



pretendes; porque aquel que no considera los fines no puede acertar en los principios. Los tiempos de ahora no son como los pasados de que hablas, cuando entraron los moros en España. Esta nación tiene ahora un rey, y en aquel tiempo, si lo había, no tenía justo título, ni las armas que ahora se usan en la guerra se usaban entonces. Cada uno de los vasallos que tiene el rey de Castilla vale tanto ó mas que Rodrigo el que perdió la España; y con tal rey y tales vasallos es muy difícil de conquistar una nación. Toma mi consejo, Abenhumeya, y reconcíliate con tu señor, pues así le puedo llamar; allana las banderas, humilla los pensamientos, y no des lugar á tu total perdición. Si quieres vivir en libertad y no estar sujeto á Felipe, sal de España, pasa el mar y vente á mis estados de Africa, que como deudo que eres mio, descendiente de mi real sangre, te aseguro de que serás de mi estimado y de mis gentes, preferido á otros que andan á mi lado. Si no quieres hacer lo que te aconsejo, sino seguir tu intento, y acaso Mahoma te fuere tan propicio que le puedas llevar adelante, mejorándose tus cosas y dándote el Gran Señor el ayuda de que hablas, yo también te ofreció buenos socorros, si me dieras en España libres y desembarazados puertos para su arribo, lo cual tengo por imposible. Alá te guarde, y Mahoma te bendiga y dé gracia para que aumentes su secta. De Fez para lo que te cumpliere. — *Mahomad, rey de Fez.*

Leída esta carta por el reyecillo delante de los de su consejo, no quedó muy contento de lo que el de Fez le ofrecía, ni de los consejos que le daba; y así dijo á sus capitanes, que estando ya levantados con tan poderoso ejército, lo que mas convenia en aquellas circunstancias era cobrar los puertos inmediatos á la ciudad de Vera, porque una vez tomados no le cabía duda de que el rey de Fez le cumpliría su palabra, habiéndole enviado ya su real anillo y en él su sello. Conformáronse los capitanes moros con este dictamen, y añadieron, que aun cuando el de Fez no prestase el socorro prometido, el del Gran Señor no faltaría, y podía esperarse también el de otros soberanos de las costas del mar libico. En seguida Abenhumeya salió de las Alpujarras y tomó la vuelta del rio de Almanzora, llevando consigo mucha gente de aquellos lugares, hasta llegar á la ciudad de Purebena, en donde fué muy bien recibido del valeroso capitán Maleh y de la tropa que mandaba. Sirvió de mucha satisfaccion al reyecillo que el Maleh aprobase su intento y el viaje que llevaba para la ciudad de Vera; y así le prosiguió yendo siempre por el rio abajo hasta llegar á las cercanías de Curgena, donde se apartó del, y tomando la vuelta de la atalaya de la Ballabona, se puso por allí en pocas horas á la vista de la ciudad, en donde habia ya noticia de la venida; y por esto estaba preparada para su defensa, con las puertas muy bien cerradas y hecha buena provision de las cosas necesarias. Luego que llegó el moro, lo primero que hizo fué destruir la poca gente de guerra que tenia la ciudad, y con quince mil hombres que llevaba ponerla un poderoso sitio, desde un punto tan cercano á las murallas, que las balas de la arcabuceria alcanzaban de la una á la otra parte del pueblo. Puestos los de Vera encima de la muralla, tiraban arcabuzazos á sus enemigos y les hacian mucho daño; por lo cual los moros derribaron varias casas del arrabal, y abrieron en las paredes maestras muchas troneras, desde donde tiraban á su salvo á los de la muralla.

Dentro de la ciudad andaba un ruido espantoso entre mujeres, niños, soldados y ciudadanos, andando revueltos, todos unos con otros: los hombres acudian adonde mas combatida se veia la ciudad, recelando que el enemigo trajera escalas para tomar los muros; y con efecto, si las llevaran los moros, hubiera sido por ellos ganada Vera sin duda alguna; las mujeres trabajando varonilmente con las faldas alzadas, unas hacian balas para que

las tirasen sus maridos, y otras á saban carne y guisaban ollas para los defensores de la plaza. Todo era comun en la ciudad; y todos comian de lo que habia, sin apartarse un punto de la muralla por el temor de que el enemigo la escalase. Hacian de noche grandes hogueras en la plaza y por todas las calles, de manera que estaba la ciudad tan clara como si fuera de dia. Tenian como de reserva unos sesenta soldados de á caballo, y algunos decian que saliesen fuera de la ciudad á escaramucear con los enemigos, pensando otros que esto no era bien acordado, porque los moros eran muchos, y ellos luego serian muertos á escopetazos. Sonaban las cajas de guerra de los moros, y correspondian las trompetas de la caballería cristiana, de modo que dentro de la ciudad andaba un alboroto muy grande: así estuvo Vera cerca de dos dias. Los moros llevaban una pieza de batir, y dispararon con ella un tiro al cubo de una torre, al cual hizo notable daño: esto sucedió el dia primero del cerco; pero quiso Dios que aquel tiro fué el primero y el postrero, porque reventó la pieza por la demasiada carga que le echaron; pues á no suceder así, fué entrada y saqueada la ciudad á pocos tiros que tiraran.

En la segunda noche de verse los de Vera en tanta estrechez, acordaron enviar á pedir á Lorca socorro con toda diligencia, y así, apenas rompió el alba, abrieron con el disimulo mayor que se pudo una de las puertas de la ciudad, y por allí enviaron á dicho fin tres escuderos sobre buenos caballos. Apenas salieron fuera cuando picaron de espuela y echaron á volar con la rapidez del rayo. Luego que los moros los vieron les tiraron muchos escopetazos, y quiso Dios que no les acertara ni un tiro. El que de los tres llevaba mejor caballo llegó á Lorca á las once del dia, habiendo andado once leguas en seis horas; otro llegó á las doce, y ya á este tiempo estaba junta en cabildo la ciudad de Lorca, deliberando sobre lo que se haria, porque estando Vera en la jurisdiccion de Granada, no habia obligacion precisa de socorrerla. Sin embargo se acordó que fuese Vera socorrida, y así tocando luego la campana á rebato, se juntó en la plaza mucha gente de guerra, á la cual se dieron arcabuces de los que casualmente tenia la ciudad en su sala de ayuntamiento, que habian venido de Cartagena para Huéscar, y cuyo factor ó comisionado era Luis de Salazar, escribano de Lorca. En seguida proveyeron de plomo y cuerdas á todos los de la jornada, con tanta prontitud, que á la una de la tarde ya estaba lista para partir toda la gente de socorro. Se nombraron capitanes de caballería á Diego Mateo, el viejo, llamado Guevara, que habia venido del campo del marqués, y de infantería á Adrián Leonés Alburquerque, hombre de mucho valor. Juntáronse en la plaza de Lorca ochocientos soldados de á pié, todos jóvenes y buenos tiradores, y unos ochenta de á caballo, compuestos de hijos-dalgo y de las familias mas distinguidas. Serian las dos de la tarde cuando la gente brillante de Lorca salia ya por la puerta de Nogalte, y tomaba la vuelta de Vera, sin que jamás se hubiese visto antes reunido un socorro con tanta presteza. Caballeros y peones salieron á rebato y volaron como aves, de manera que al anochecer llegó á la fuente de Pulpi toda la gente, y tomando un corto refresco, pasó de allí adelante sin parar un solo punto, y al romper del alba se halló ya al pié de las murallas de Vera gritando: *Santiago, Santiago, aquí está Lorca, que viene de socorro.*

El reyecillo malo, luego que vió salir de Vera á los caballeros para pedir socorro á Lorca, perdió la esperanza del buen éxito de su empresa, aunque toda aquella noche combatió la ciudad vigorosamente pensando todavia tomarla. Para saber cuando llegaria el socorro, despachó espías y puso atalayas en los puntos mas elevados de la sierra; estas, luego que descubrieron la gente de Lorca que acudia al socorro de Vera, haciendo humadas muy

grandes, avisaron con la señal concertada al reyecillo para que pudiera retirarse. Las humadas se percibieron al tiempo que los de Lorca llegaban á la fuente de Pulpi, y el campo moro tomó inmediatamente la retirada por el rio de Almanzora, llegaron á las Cuevas, donde después de haber saqueado el lugar destruyeron un huerto muy hermoso del marqués. Cuando los de Lorca llegaron á Vera, al amanecer del dia siguiente, ya el reyecillo habia pasado de las Cuevas, y marchaba para Purchena. Contentos los de Vera al verse asistidos de un socorro tan pronto y tan bueno, abrieron las puertas de la ciudad para que entrara á refrescarse en ella toda aquella gente. Mas luego que los de Lorca supieron que habia poco mas de dos horas de que el reyecillo partió de allí, acordaron seguirle, y aunque venian cansados de andar toda aquella noche, partieron tras él aceleradamente, y llegaron á tiempo de sorprender en el rio de las Cuevas á la retaguardia del enemigo, y trabar con ella una brava pelea. Pero como los moros caminaban á toda priesa, y no se pararon á la escaramuza, sino que siguieron marchando y tiroteando, recelosos los de Lorca de que la vanguardia rodease por la parte arriba del rio y los cogiesen en medio, se metieron en las Cuevas, que acabaron de saquear, porque sus moradores se habian ido con el reyecillo, y se volvieron á Vera, donde fueron muy agasajados, como lo merecian y habian bien menester por el trabajo que habian pasado.

Es de saber, que al tiempo en que los de Vera estando cercados pidieron socorro á Lorca, se dió aviso también á la ciudad de Murcia, la cual, aunque no tenia obligacion de acudir á aquella plaza, sino á Cartagena solamente, se prestó á enviar tropas de socorro por hacer servicio á su Majestad del mismo modo que lo habia hecho Lorca. Al punto se tocaron cajas y echaron las campanas á rebato para juntar gente; y aunque se hizo toda la prevencion con la mejor voluntad, no pudo ser con tanta presteza como el caso demandaba, lo uno por la gran distancia que habia de Murcia á Vera, y lo otro porque su corregidor mas era para letrado que para soldado. Al fin la noble ciudad de Murcia salió con cinco mil hombres muy lucidos y bien armados; pero cuando llegaron á Lorca ya eran pasados cuatro dias de que los desta última ciudad hicieron levantar el cerco de Vera, como llevamos dicho. Con todo eso, los de Murcia acordaron pasar adelante, llegar á Vera é ir desde allí en seguimiento del enemigo; lo cual visto por los de Lorca, resolvieron marchar en su compañía, y para ello se pusieron á punto dos mil hombres, poco mas ó menos. Llegaron allí también á esta sazón las banderas de Zehegin, Mula, Caravaca, Totana, Mula y Alhama, que sabedoras de que Murcia, cabeza de su partido, hacia aquella jornada, habian salido todas igualmente con ánimo de socorrer á Vera.

Todas estas banderas, que reunirian mas de diez mil hombres, salieron de Lorca una tarde; y poniéndose en camino por el orden que corresponde á la milicia, los de Lorca quisieron llevar la vanguardia, reclamando la antigua posesion en que estaban desta preeminencia, por ciertas provisiones que dieron en su favor los reyes pasados yendo á la conquista del reino de Granada. No queria consentirlo Murcia, por ser cabeza de reino; y así hubo sobre esto entre las dos ciudades algunas diferencias. Las banderas de Cehegin, Caravaca, Totana, Mula y Alhama se pusieron de parte de las banderas de Lorca; y como Murcia llevaba un corregidor flojo, mas letrado que soldado, llamado Varela, no supo dar la orden que era menester en aquel caso, pues si él fuera tan buen general que ahorcara al punto á una docena de los promotores del motin, hubieran sido las resultas muy diferentes. Los de Lorca, pertinaces en su propósito, tomaron la vanguardia con toda diligencia, siguiéndoles las banderas que hemos dicho, y muy enojados desto los de Murcia, quisieran romper con todos. Iban sin embargo allí caballeros muy principales y

cuerdos, que sabian muy bien tomar el pulso á semejantes negocios, señalándose entre otros don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, su hermano don Francisco, don Pedro Riquelme, don Pedro Carrillo de Albornoz, y Pedro de Balboa, todos recién venidos del real del marqués de Vélez. Llevaban pues la vanguardia los de Lorca, pero no tan esclusivamente que dejasen de ir con ellos muchos de Murcia, obstinados en sostener aquella punta. El capitán de los primeros era el licenciado Juan Leonés, hombre de mucho valor é hidalguía; el alférez de la bandera era otro hidalgo, llamado Juan Marin, soldado viejo de los de Flandes; su sarjento era de Baeza, llamado Juan de Medina, hombre esperto en la guerra. Además habia otros muchos hidalgos de la ciudad de Lorca con aquella gente, como Leoneses, Guevaras, Ponces de Leon, Ponces de Guevaras, Alburquerque, Falconetas, Estadillas, Navarros de Cervera, Alcázares, Loritas y otros que no se cuentan. Llegaron presurosamente á la fuente de Pulpi, junto á la cual se alojaron los de Lorca en lo mejor de aquellos ranchos; llegaron los de Murcia, y se alojaron también entre los de Lorca.

Estando ya todas las banderas alojadas, á poco rato se tocó un alarma, la cual fué falsa; mas tuvo cierta pesadumbre porque un negro desmandado, con licencia ó sin ella, se llegó á la bandera de Lorca, que habiendo dejado sus primeros alojamientos estaba con su gente retirada á un cerrillo, y la quiso detener cuando bajaba con su capitán á toda priesa, acudiendo adonde se dió el alarma, que era á la parte de Vera. Así como el negro hizo esta imprudente diligencia, un soldado de Lorca le dió un arponazo, y le mató, pasando adelante la bandera con su capitán, hasta llegar á lo hondo del camino real. Súpose luego que el alarma habia sido falsa, y toda la gente tanto de la una como de la otra parte se volvió á sus alojamientos, subiéndose otra vez Lorca al cerrillo de donde habia bajado; se supo también la muerte del negro, que era de un caballero llamado Juan Tizon, y la causa por qué le mataron; pero no pudiéndose averiguar el matador, se pasó por alto el caso en aquella noche. De la gente de Murcia salió á caballo un hidalgo, y tomó la vuelta de Vera para reconocer el estado en que estaba, haciendo esta diligencia de orden de la ciudad, que habia determinado no pasar de allí sin saberlo: este hidalgo se llamaba Fulgencio de Esquivel, hombre de mucho valor y hermano de Lorente Esquivel, que iba á la sazón por ayudante del sarjento mayor del tercio. Llegó á Vera donde dió noticia de que Murcia venia á su socorro y quedaba en la fuente de Pulpi. La ciudad lo agradeció mucho, y sin mas, Esquivel, en compañía de la gente de Lorca que habia hecho levantar el cerco, se volvió á juntar con la de sus banderas, trayendo razon de lo que habia visto.

El corregidor de cortos alcances dió una razon muy impropia del caso, y por ella se enojó con él don Pedro Carrillo, diciéndole que era hombre ingrato y mal entendido en la guerra, pues respondia de aquella suerte á un hidalgo que se habia puesto en peligro de perder la vida yendo á desempeñar su comision por partes no conocidas y por tierras de enemigos. Lo que dió el corregidor oyendo á Esquivel, fué: *miren con lo que nos viene ahora!* Los caballeros principales de Murcia procuraron que aquel negocio no pasase adelante; y viendo que la ciudad tenia tanta y tan lucida gente reunida en aquel tercio, con ánimo y disposicion para cualquier empresa militar, se acordó que supuesto estaba ya levantado el cerco de Vera, se fuese en seguimiento del enemigo, que estaba entonces cerca de Purchena, á seis leguas de allí. Este acuerdo se comunicó á todos los demás capitanes del ejército, que le consintieron; y para cortar desavenencias entre las gentes de Murcia y Lorca, fué ordenado que las banderas y pendon de Murcia llevasen la mano derecha, y las de Lorca la izquierda; pero que fuesen caminando á la par.

